

# LA FORMA SUEÑO

---

por

MARIA ZAMBRANO \*

Si los sueños no fueran un despertar, un cierto modo de despertar, hubieran pasado desapercibidos siempre, como quizás pasen desapercibidos todavía algunos aspectos de la vida humana en el mundo del sueño, bajo los sueños o, en la vigilia, del otro lado de las fronteras de la conciencia.

Soñar es ya despertar. Y por ello hay un soñar que despierta la realidad aún dormida en los confines de la vigilia: en esa tierra donde la conciencia no se aventura: el espacio extraconsciente, en cuya frontera la atención acude sin ser notada, extremando su vigilancia; fronteras de seguridad que el "yo" establece desde su soberanía. Ya que el modo de vivir, de estar en la vida del hombre —éste que conocemos y se nos impone— parece reproducir la situación, leyes y hábitos de una plaza fuerte sitiada: en el centro un soberano tan implacable como vulnerable, que tal parece ser la ecuación. Emisarios subordinados y a menudo clandestinos, transmiten órdenes hacia las murallas que defienden lo que se llama la persona, el "ser" entendido como toma de posesión de la realidad, ante todo de un espacio y de un tiempo. Y de esta muralla que encierra un espacio y un tiempo homogeneizados, la atención, el más continuo de los subordinados, mira el horizonte, transformándolo en frontera.

Y la atención, aquella que vigila con toda la fuerza que de su soberano emana, no ejerce un simple observar, ese que permite descubrir la realidad o la irrealidad en el modo que más peculiar le sea. La atención fija, alza una barrera provista, como ésta, de conceptos, juicios y, bajo y sobre ellos, de un espacio-tiempo establecido, permanentemente válido. La vigilia de la atención así armada, antes que observar rechaza, condena. Y por ello sólo las realidades que se acuerdan con las exigencias de esta vigilante atención pueden en principio penetrar así en el recinto de la visibilidad. Algunas solamente aparecen según una ordenada perspectiva en la línea del horizonte.

Y claro está que tal modo de estar en la vida es anterior a lo que el

\* Del libro *El sueño creador*, que la Universidad Veracruzana publicará en su colección *Cuadernos de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias*.

sujeto soberano —el soberano "yo"— entienda por realidad. Ello, lo que por realidad entiende, determina, eso sí, y conforma lo que se ha de tener por realidad; incluida naturalmente la idealidad, si con ella se cuenta. Lo que se crea y entienda que sea "eso", es eso previo a toda creencia y concepto, determina el género, la forma y, en último término, el disfraz de lo que se va a dejar pasar y circular por la conciencia: de lo que la conciencia ofrece al vivir del sujeto que, soberano y todo, padece siempre la imposición de tener que vivir.

Mas si una tal vigilia se cumpliera a la perfección el sujeto soberano pasaría su vida en estado de sueño. La continuidad de este género de atención ejercida sin desfallecimiento alguno, mantendría al sujeto bajo su innegable actividad en una situación de pasividad. Su actividad sería un simple estado, y su vivir, por tanto, un estar en la vida sin más, al modo de un alga en la mar, según creemos que el alga está desde la orilla de lo humano. Su medio, el lugar sometido a su ocupación, lo envolvería; sería por el pronto una totalidad cerrada, un continuo constituido ante todo por el espacio-tiempo. Espacio homogéneo y tiempo sucesivo sin duda, puesto que están establecidos por la actividad de la conciencia.

En ellos: espacio homogéneo, tiempo sucesivo —recorrible por la conciencia—, el sujeto se encuentra, de acuerdo con su escogida apetencia, en un medio de lograda visibilidad, donde su visión se ejerce de continuo adecuadamente y en él, propiamente, el sujeto ve con sólo mirar. Es el medio en que todo, todas las cosas, entendidas como realidades o como irrealidades, están presentes. Y así, el tiempo sucesivo mismo viene a estar amputado de sus elementales dimensiones. El pasado como tal no existe, ha de hacerse presente para ello, "representificarse" ganando así un presente que quizá no tuvo. Y en cuanto al porvenir, cercenado del imprevisible, ilimitado futuro, queda reducido al presente, sin que la conciencia haya de realizar el más mínimo esfuerzo, que de otra parte tampoco será necesario que ejerza para representificar el pasado. El esfuerzo, por el contrario, será exigido en el sentido opuesto, es decir, para dejar y aun extrañar al pasado. Lo que tampoco viene a resultar necesario, una vez que se ha renunciado al futuro, reduciéndolo al simple, previsible porvenir visto, previsto desde el presente. Es un tiempo planificado.

Y en verdad, el declarar que el presente es el modo temporal del hombre desde el pensamiento filosófico —Husserl— no es más que la aclaración definitiva de la creencia en que el hombre occidental moderno, poscartesiano, está asentado. Y más que creencia, su modo de aceptar la vida; de aceptarse a sí mismo y a la vida como estando en ella, estando.

Pues que extrañamente basta renunciar al ser para que el tiempo, el vivido, se planifique, se haga a imagen y semejanza del espacio, homo-

géneo y por tanto intransitable para el hombre, y por tanto extraño. Desde el reinado de la conciencia el tiempo sobra, es un simple "estar aquí"; el "ahora" no resulta ni siquiera necesario que sea añadido. A no ser que se encontrara la manera de renunciar al ser en cuanto tal; sin dejar de transcribir al menos ese interno, irreprimible movimiento humano, ese estar atravesando el presente sin "presentificar" nunca, salvo en privilegiados instantes de los que se puede dar cuenta claramente, del hombre en ansia de ser, en tensión de ser, en posición de ser. De vivir, sí, mas en tanto que ser.

Mas esta simple transcripción del venir hacia el ser propio del hombre, no podría en un pensamiento filosófico o poético, quedarse ahí, en la simple constatación. Sería con toda probabilidad la expresión de un suceso en cuanto al ser, análogo al ya acaecido respecto a lo divino. "Dios ha muerto o Dios no existe", el hombre, pues, es su heredero.

Mas, según dicen con frecuencia los autores, y no siempre desprovistos de razón, no es este el momento de adentrarse en tales pensamientos.

Sumergido el sujeto, como decíamos, en la continuidad de la perfecta vigilia, llevada a cabo por la conciencia, encerrado dentro de la continuidad del presente, al que el tiempo sucesivo ha quedado reducido, envuelto por el medio así acotado dentro de la ilimitada "realidad", el hombre, reducido a sujeto consciente, quedaría como en un sueño. Sumergido en la pasividad bajo su continua actividad. Un sueño del que necesitaría ser despertado. Y no resulta caprichoso juego de palabras el afirmar que sólo el soñar o algo que al soñar asimilaría en su conciencia, podría despertarle. Y este despertar no advendría en virtud del argumento del soñar, que ello en sí mismo no añadiría nada que la conciencia no pudiera asimilar a alguna de las categorías o clases en que el campo de su visibilidad esté dividido. Le despertaría por llevarle a otro lugar, por arrastrarle a otro medio del que tendría que salir, como se sale de los sueños al despertar de cada noche o de cada día. Por el instante puro del despertar, ese instante en que el tiempo salta; ese acto, que no actividad tan pura del despertar.

Y así, en efecto, sucede. Ya que el sueño, los sueños no son la presentación de un cierto argumento ante todo, sino el medio, la forma; la forma sueño, cuyo contenido puede estar formado por imágenes que corresponden a percepciones de la vigilia, sin que el orden y conexión entre ellas haya sufrido apenas alteración alguna.

Y así, no se da solamente el sueño mientras se duerme; aparece en la vigilia moteándola, horadándola. Su modo de presentarse en el dormir, y en la vigilia son hasta cierto punto contrarios.

Pues que en el sueño, aparecen los sueños como un despertar, en una

forma primaria de visión y de conciencia, en que el sujeto se siente un tanto tocado y aun llamado por un visitante que llega o por un país donde se le esperaba.

Mientras que en la vigilia, el estado de soñar se da imperceptiblemente para el sujeto, y contribuye, al menos, al olvido o bien engendra un recuerdo cuyo contenido se transfiere o trasvasa a un plano de la conciencia que no le corresponde. Se convierte así en germen de obsesión y de trastrueque de la realidad, incluida la calumnia.

Por el contrario, si estos contenidos se transfieren a un lugar de la conciencia adecuado, al lugar en que la conciencia y el alma entran en simbiosis, vienen a ser gérmenes de creación, sea en el proceso de la vida personal o desprendiéndose de ella, en una obra de creación.

En la vigilia la forma sueña, deja al sujeto desprendido, como en el vacío. Pues que efectivamente se hace en la conciencia un vacío que puede ser apenas perceptible y que se asimila a una distracción. Mas si se trata de un vacío que por su magnitud no puede ser ignorado, entonces el campo de la realidad dentro del cual aparece toda perfección, se modifica.

Ya que la realidad se presenta como un campo ilimitado. La realidad, ella, sostiene a cualquier percepción o sentimiento que tengamos. Cuando aparece la forma sueño en la vigilia, la realidad se desvanece o se oculta, y el sujeto se queda ciego ante ella, lo que no significa que no la perciba de algún modo. El contenido de la forma sueño puede ser percibido de un modo más nítido, claro y distinto que los de las percepciones normales. Mas aparece desligado de la realidad y se presenta como si de él dependiese algo esencial para el sujeto; como si él fuese la única realidad.

Mas claro está que al quedar el contenido de la forma sueño como si fuese portador de la única realidad, pierde inmediatamente su carácter de realidad. Pues que cualquier realidad, por grande que sea su intensidad y cargada de significación para el sujeto, forma parte de la realidad total, destacándose ciertamente de ella, mas sin que se desvanezca su inclusión en ella, sin que se pierda su relación sistemática con ella, dada no sólo por el espacio y por las alusiones que al resto de la realidad contiene, sino ante todo por el tiempo. Por intensa que sea una percepción que se destaque de la realidad, es vivida coetáneamente con ella. Cuando se verifica, pues, una tal ruptura, es que ha tenido lugar una especie de escisión en el tiempo del sujeto. Y así, el resto de la realidad, toda ella, menos esa percepción o grupo de percepciones, se convierte en pasado, o en un presente inmóvil. La ruptura ha tenido lugar en el instante en que el pasado va a convertirse en presente. Mas el presente se encuentra ocupado en su integridad por la realidad soñada que se ha convertido así en absoluta.

Y todo absoluto está rodeado de un vacío incolmable por mínimo que sea. Pues lo que sucede entonces es que el ser se ha instalado en el lugar de la realidad; el ser ha tomado para sí un trozo de realidad, creando por ello una escisión, una fisura en el tiempo. Y el sujeto se siente como desasistido, fuera de su medio habitual. Esto puede dar origen simplemente a una distracción, a un olvido. Y puede ser un *raptus*, el principio de una obsesión, si simplemente se fija, y aun el germen de una enajenación, si trasciende en cierto modo.

No cabe, en cambio, enajenación alguna ante la realidad, pues que en ella el sujeto se mueve en su medio temporal, pasado-presente-porvenir y allá, a lo lejos, como un horizonte, el futuro. La realidad fluye, pasa. Y al pasar por el tiempo del sujeto, lo va dejando libre y en cierto modo, intacto. El sujeto a través del tiempo trata adecuadamente con la realidad; entra en ella y se defiende de ella; es inmune a su toque. Lo que no quiere decir que no sufra ni se acongoje si motivo hay, sino simplemente que está dentro de sí y al par fuera: que no está poseído. La realidad no posee nunca el sujeto. Es el ser, lo que tiene o se presenta con el carácter de ser —absoluto, idéntico a sí mismo, inaccesible y lleno de incógnita significación— lo que puede poseer al sujeto para no dejarlo, o para dejarlo a cambio de alguna especialísima acción.

Este suceso tiene lugar en una escala que va desde la simple distracción hasta la enajenación completa. Pero en ella existe un cierto plano que puede servir de señal para separar dos especies, y es la modificación de la percepción del espacio.

El espacio se reduce. Puede ser sólo eso. El espacio pierde su tercera dimensión y los objetos en él contenidos quedan despegados de él; flotando reducidos a imágenes, pierden su consistencia. El espacio no es ya el "lugar natural de los cuerpos", sino una simple pantalla, una última inescrutable resistencia.

Queda entonces la realidad suspendida, absolutizada, en estado de ser. Se ha totalizado. El sujeto se encuentra en esta situación sin realidad, sin lo real de la realidad; ante algo que sigue ocupando el puesto de la realidad, mas con el carácter inaccesible y absoluto del ser, tal como si el ser hubiera descendido a la realidad fijándola en un instante y condenándola a quedarse "así" en un siempre que en ella resulta imposible, una especie de inmortal despojo.

Y por su parte, el sujeto queda como expulsado de su lugar propio, de ese lugar específico desde el cual la realidad está envuelta o por lo menos tocada, por la vida del sujeto; del lugar de la vida. Y expulsado de este lugar, el sujeto se ensimisma y ensimisma a la vida en él, lo que de cumplirse sería, análogamente a lo que con la realidad pasa, un

quedarse la vida en estado de ser; un absolutizarse de la vida. Y la vida absoluta, y quizás ella, más aún que la realidad, resulta inaccesible al sujeto, que de quedarse así, la llevaría detenida, muerta. Lo que quizá llegue a suceder en ciertos estados de humana alienación, al límite de la muerte, si no, en cierto modo, más allá de ella.

Pues que el total ensimismamiento no es posible —la vida en estado de ser— ni la realidad absolutizada —en estado de ser— en este modo de vida humano.

Y para salvar tal imposibilidad aparece, mediador, ya desde un principio y más sensiblemente en cada despertar, el tiempo.